

UNA REFLEXIÓN SOBRE EL FUTURO DE LA EDUCACIÓN CON EL COVID 19

Dra. Judith Moreno Berry

Rectora de la Universidad Mundial
Correo electrónico: jmoreno@universidadmundial.edu.mx

Dr. Ignacio Gallardo Ballacey

Asesor del Sistema de Educación e Investigación
Universitaria, a.c.
Correo electrónico: gallardo@universidadmundial.edu.mx

Esta canción compuesta por el *Dúo Dinámico* ha sido tomada por España como el símbolo de resistencia a la pandemia.

Resistiré para seguir viviendo
Soportaré los golpes y jamás me rendiré
Y aunque los sueños se me rompan en pedazos
Resistiré, resistiré
Cuando el mundo pierda toda magia
Cuando mi enemigo sea yo
Cuando me apuñale la nostalgia
Y no reconozca ni mi voz

¿A qué nos enfrenta la pandemia como líderes de una sociedad que quedó, de un día para el otro, expuesta a una situación inesperada y para la cual aún no tenemos respuesta?

Esperamos a la vacuna como la más importante y en algunos casos casi como la única esperanza para superar la crisis, ¿Será verdaderamente esta la mejor alternativa?

¿Fue el ser más fuerte (homo sapiens) y dominante de todas las especies del planeta, por su inteligencia, derrotado por un diminuto virus?

Sin duda, el panorama social, económico, tecnológico y cultural en la actualidad de México, América Latina y el mundo, es cada día más complejo, más difícil de manejar a la vez que ha impactado todas las esferas de la vida humana y aún no tenemos con claridad las claves para entender las posibles repercusiones futuras.

Aunado a lo anterior, hoy vivimos una inesperada realidad que pensamos transformará con mayor celeridad los escenarios y estilos de vida que caracterizan a la sociedad mexicana; la pandemia llegó para quedarse, nos cambió el mundo y este cambio, creen algunos, llegó para permanecer.

Lo que sí debemos tener claro es que no tenemos certezas sobre las consecuencias más profundas de la pandemia. Sin embargo, parece oportuno señalar que es más importante el plantearnos preguntas, que el improvisar respuestas sin un verdadero sustento sólido.

¿Será cierto que de ahora en adelante todo será diferente?

Terminada la pandemia, ¿volveremos al mismo tipo de vida anterior, al mismo modelo económico, al mismo modelo de sociedad desigual, ¿o seremos diferentes?

¿Será que milagrosamente habrá transformaciones profundas en las mentes y en las conciencias de todos los hombres que hará que despertemos en otro mundo distinto, quizá mejor, quizá peor?

¿Después de la vacuna paulatinamente iremos regresando a nuestra rutina y pasado un tiempo nuevamente todo será como antes?

¿Construiremos una sociedad más democrática y justa?

¿Tendremos que coartar las libertades individuales y colectivas para combatir la pandemia?

¿Las actuales restricciones a la libertad como herramienta para minimizar los contagios llegaron para quedarse?

¿Crecerá cada día más la brecha entre los más poderosos y privilegiados y los que menos tienen o nada tienen?

¿Cómo será la recuperación? O más bien ¿habrá recuperación?

La ONU en su agenda 2030 ha propuesto como uno de sus objetivos a cumplir el acabar con la pobreza en la que viven millones de seres humanos para el 2030, lo cual significa que cada año al menos 50 millones de persona tengan un ingreso que les permita vivir con un mínimo de dignidad, esto es cuenten con cosas básicas, alimentos, agua potable, salud educación etc.

¿Tomará para todo el mismo tiempo o los más desvalidos ya no se recuperarán?

¿Seremos mejores personas, mejores ciudadanos?

¿Seremos capaces de aprender de nuestros errores como resultado de la crisis, o si no lo hacemos deberemos aceptar que no tenemos arreglo como especie?

¿Existen posibilidades para lograr una acción transformadora de la sociedad en medio del desastre que significa la pandemia?

En realidad, quizá parezca muy drástico, pero es probable que debemos pensar en el futuro como si toda la humanidad, nuestra civilización se encontrara, al borde del colapso que puede significar el principio de la extinción del homo sapiens. Debemos con entender

con claridad que la pandemia no es un problema del presente, de lo estamos viviendo hoy, sino más bien se trata de las consecuencias negativas que afectarán nuestro futuro como humanidad, entender que, aunque no podamos definir tales consecuencias con claridad estas son certeras e inevitables; entender que detrás de la afirmación nada será igual no significa que todo será mejor, también puede significar que todo será peor.

¿Se hará cierta la afirmación de García Márquez en Cien años de soledad? A... porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra?

Estamos ante una crisis global de nuestro mundo que trasciende con mucho lo sanitario, quizá la mayor de la historia de la humanidad, que está propagando el sufrimiento humano, deteriorando la economía mundial y trastocando lo más íntimo de la vida de las personas en todos los ámbitos, propagando el sufrimiento arrojando a millones de seres humanos a la pobreza y la miseria.

Sin embargo, podemos tener aún la esperanza de que la pandemia pueda significar una oportunidad, quizá la última de un mundo mejor. Compartamos con Gabriel García Márquez:

“Nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra”. (discurso de aceptación del Premio Nobel 1982).

El secretario general de las Naciones Unidas afirma: “La COVID-19 está matando gente, además de atacar el núcleo de la economía real: el comercio, las cadenas de suministro, los negocios, los puestos de trabajo. Hay ciudades y países enteros en confinamiento. Se están cerrando fronteras. Las empresas están tratando a duras penas de seguir abiertas, y las familias, de mantenerse a flote.” Antonio Guterres Secretario General de la ONU.

<https://www.un.org/es/coronavirus/articles/humanitarian-crisis-coronavirus-solidarity>

Gabriel García Márquez en A Cien años de soledad, escribe:

Cuando José Arcadio Buendía se dio cuenta de que la peste había invadido el pueblo, reunió a los jefes de familia para explicarles lo que sabía de la enfermedad del insomnio, y se acordaron medidas para impedir que el flagelo se propagara a otras poblaciones de la ciénaga. Fue así como les quitaron a los chivos las campanitas que los árabes cambiaban por guacamayas, y se pusieron a la entrada del pueblo a disposición de quienes desatendían los consejos y súplicas de los centinelas e insistían en visitar la población. Todos los forasteros que por aquel tiempo recorrían las calles de Macondo tenían que hacer sonar su campanita para que los enfermos supieran que estaban sanos. No se les permitía comer ni beber nada durante su estancia, pues no había duda de que la enfermedad sólo se transmitía por la boca, y todas las cosas de comer y de beber estaban contaminadas por el insomnio. En esa forma se mantuvo la peste circunscrita al perímetro de la población. Tan eficaz fue la cuarentena, que llegó el día en que la situación de emergencia se tuvo por cosa natural, y se organizó la vida de tal modo que el trabajo recobró su ritmo y nadie volvió a preocuparse por la inútil costumbre de dormir.

Detengamos un poco en los universitarios, especialmente en los jóvenes a los que se les comenzó a cerrar el mundo, para ello algunas preguntas nos podrán ayudar a esta breve reflexión. Sin duda esta crisis enfrenta a las universidades a una serie de preguntas a las que no pueden escapar.

¿Qué piensan y qué esperan los jóvenes de hoy? Es decir, lo que se trata es reflexionar sobre ¿qué decisiones debemos (los jóvenes) tomar hoy para lograr tener un impacto real sobre el futuro, o más bien ¿qué tenemos y qué podemos hacer hoy para tener mañana la sociedad que buscamos?

Podrá parecer una utopía pensar que los jóvenes pueden hacer algo para modificar el curso del desarrollo de la sociedad; sin embargo, aunque se vea difícil su papel en el cambio, es indispensable reflexionar sobre lo que está pasando, pues ese es el principio del cambio.

Por otra parte, es un imperativo ético el incorporar a los jóvenes que utilizando su creatividad, su capacidad crítica, su energía, sus ideas innovadoras, su idealismo, su solidaridad se unieran a los aires del cambio para proponer nuevas soluciones y modificar nuestro presente y nuestro futuro, para tener una mejor sociedad.

Además, no podemos olvidar que son ellos en quienes serán los líderes que manejarán el poder y dirigirán la sociedad, son ellos la verdadera y única esperanza de transformar las críticas realidades que actualmente agobian a la humanidad. Esto es un reconocimiento implícito de que los actuales directivos algo hicimos mal.

¿Cómo podremos salir de esta enorme crisis? ¿Qué tipo de sociedad, piensan los jóvenes que se debería construir y cuál sería su función en esa sociedad?

¿Cuáles son los objetivos, planes y metas a futuro de los jóvenes?

La sociedad vive lo que es quizá la mayor crisis de su historia, frente a esto ¿será posible que los jóvenes puedan convertir esta crisis en una oportunidad para alcanzar sus planes y objetivos?

¿Qué es necesario hacer para lograr un futuro prometedor después de la pandemia? ¿Qué cambios son necesarios realizar para lograr esos objetivos? ¿Quién debe comenzar con esos cambios? ¿Creen los jóvenes que los actuales dirigentes o funcionarios? (Públicos y privados) ¿pueden realizar esos cambios? ¿Qué nos espera como resultado de la crisis económica que inevitablemente vendrá? ¿Creen que tienen voluntad y fortaleza para enfrentarlos? ¿Creen que haya alguna semejanza entre jóvenes de décadas anteriores a la juventud actual?

¿Cuáles serán los principales cambios en la sociedad después de la cuarentena? ¿Qué cambios y transformaciones les gustaría ver a los jóvenes en nuestra sociedad? ¿Qué tan cerca estamos de esto? ¿Por qué no están próximos a una sociedad como la que les gustaría ver? ¿Qué pueden hacer los jóvenes para lograr los cambios a los que aspiran? Cuando se logren, si es que se puede, ¿habremos cambiado el curso de la humanidad? ¿Será este cambio para mejorar? ¿Confían actualmente los jóvenes en los dirigentes de sus naciones?

De no ser así: ¿cuáles son las principales razones de esta desconfianza? ¿Creen los jóvenes que los actuales dirigentes actúan con conciencia moral?

Dado lo anterior, es probable que la función de liderazgo sea una de las claves para el logro de superar la crisis que la pandemia ha traído a la sociedad. Frente a ello surgen varias interrogantes:

¿Sabemos en realidad qué está pasando en nuestro mundo? ¿Podemos imaginar que puede pasar? ¿Entendemos que podemos estar llegando al fin de la humanidad como la conocemos? ¿Sabemos quiénes lograrán sobrevivir a esta tremenda crisis y cómo será su vida futura?

¿Cómo será el mundo después de la vacuna? ¿Cuáles son los principales beneficios del actual desarrollo tecnológico? ¿Podrán los jóvenes ser los líderes que se conviertan en verdaderos agentes de cambio social e impulsen una mejor sociedad?

¿Será posible un verdadero liderazgo que tenga la posibilidad de orientar la nueva sociedad para que se haga realidad la justicia social y un verdadero cuidado del medio ambiente?

¿Cuáles deberían ser los principios éticos de la nueva sociedad?

¿Podrá ser esta crisis una oportunidad para pensar, discutir e implementar soluciones más justas y humanitarias, en términos de políticas públicas, y los cambios sociales necesarios para el logro de un mundo mejor?

La pandemia del coronavirus y la inminencia del colapso abren a un proceso de liberación cognitiva, a través del cual puede activarse no sólo la imaginación política tras la necesidad de la supervivencia y el cuidado de la vida, sino también la interseccionalidad entre nuevas y viejas luchas (sociales, étnicas, feministas y ecologistas), todo lo cual puede conducirnos a las puertas de un pensamiento holístico, integral, transformador, hasta hoy negado. Maristella Svanpa, recuperado de <http://www.nuso.org/articulo/reflexiones-para-un-mundo-post-coronavirus/>

Si logramos un adecuado manejo de la crisis, es posible que la recuperación tome una dirección que nos conduzca a un mundo con mayor justicia, más sostenible e inclusivo. Debemos tener presente que el futuro no es una maldición de la cual no podamos escapar, no es algo que sea independiente a nuestros esfuerzos y manejos de hoy, si bien es cierto que no lo conocemos, no es menos cierto que podemos influir sobre éste, que lo podemos crear con nuestras acciones del presente.

Si plantamos confianza en el ser humano, armonía y solidaridad, podremos cosechar felicidad. El futuro es el resultado de una oportuna elección del presente. Por el contrario, si no hay un adecuado liderazgo, si la solidaridad es superada por el egoísmo, si no tenemos la capacidad de imaginar e implementar una nueva forma de desarrollo, nuestro mayor riesgo será empeorar, el resultado será profundizar en las desigualdades e injusticias, será contaminar cada vez más nuestro planeta, será mantener unas pésimas condiciones de vida para la mayoría de la población, mismas que ya son insostenibles.

Antonio Guterres señala que tenemos un marco de acción para salir fortalecidos de esta gran crisis mundial: A la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible y el Acuerdo de París sobre el cambio climático. Debemos cumplir nuestras promesas por la gente y el planeta.

Las Naciones Unidas, y nuestra red mundial de oficinas en los países, apoyarán a todos los Gobiernos para que la economía mundial y las personas para las que trabajamos salgan fortalecidas de esta crisis. Esa es la lógica del Decenio de Acción para cumplir los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Como universitarios estamos moralmente obligados a impedir, en todo lo posible y con nuestro mayor esfuerzo que esta crisis consolide un modelo de desarrollo como el actual, un modelo destructivo, en el que la preservación del planeta no es una primera prioridad para la mayoría de las potencias, en el que los derechos humanos y la democracia no son un fin, sino un medio para el dominio y el sometimiento, en el que la libertad, la solidaridad y la justicia no son parte básica de la agenda de las relaciones entre los humanos; debemos hacer operativa la agenda 2030 de las Naciones

Unidas, para lograr rescatar lo poco que nos queda de civilización.

Mucho se ha dicho y muchos han repetido en forma casi incansable que el mundo será distinto después de esta crisis, ya nada será igual es una frase que se asocia, con el COVID19, pero pocos logran definir un nuevo futuro. El mundo será distinto afirman, pero cabe la pregunta

¿En qué radicará la diferencia? ¿Las grandes potencias actuales trabajarán en conjunto con las naciones de menor desarrollo para lograr acortar la brecha existente entre riqueza y pobreza?

¿Será esta idea una forma de optimismo para, de alguna manera mitigar un poco los tremendos estragos de la pandemia y el confinamiento?

¿Tenemos elementos objetivos y sólidos para mantener una esperanza de que todo será mejor, de que podamos construir una sociedad de mayor justicia.

Pero ¿y si todo sigue igual o si todo empeora? Mucho se ha dicho que toda crisis es fundamentalmente una puerta a la oportunidad de mejorar, una oportunidad para superar los problemas de la actualidad pero al respecto, ¿qué nos dice la historia? ¿Hemos salido siempre fortalecidos de las crisis?

Recordemos que también esta crisis es una amenaza.

Muchos afirman que saldremos más unidos y que, habiendo aprendido de las dificultades que hemos vivido, seremos personas más humanas y solidarias. ¿En qué hechos podemos basar estas afirmaciones? Lo que sí podemos constatar día a día es que la pandemia nos ha puesto más que de manifiesto es que la brecha entre ricos y pobres es insalvable y que cada día se profundiza más, la pobreza ha crecido, la educación a bajado su calidad, los sistemas de salud no han servido por igual a toda la población etc. Hay quienes piensan que terminada la crisis nada cambiará, que todo seguirá igual. Creo que también tienen sus razones.

Lo que si esta pandemia nos ha dejado muy claro es nuestra fragilidad frente a un problema que en otras circunstancias hubiésemos pensado que se resolvería pronto y fácil. ¿Cómo es posible que un virus tan pequeño y según los expertos tan débil nos haya puesto en tantas dificultades?

El mundo entero se ha replegado y son millones de seres humanos que esperan quedándose en casa, que la ciencia encuentre una solución, ya sea una vacuna o un medicamento o desde luego ambas cosas. Lo cierto es que esta situación nos ha engendrado miedo y el miedo no es un buen consejero; el miedo nos somete y nos resigna frente a la desgracia.

Cuando la cuarentena se levantó por fin en la ciudad de Orán todos volvieron a sus quehaceres habituales dando gritos de alegría, como si nada hubiera pasado.

... la peste no se va nunca, puede ocultarse, puede quedar suspendida, agazapada, acechando, pero siempre está y en algún momento regresa. Y nos pone a prueba. De pronto la seguridad, las certezas, parecen esfumarse.

Escuchando los gritos de alegría que llegaban de la ciudad, Rieux recordaba que esta alegría estaba siempre amenazada. Pues sabía que esta multitud alegre ignoraba se puede leer en los libros que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenas de años durmiendo en los muebles y la ropa, que espera pacientemente en las habitaciones, las bodegas, los baúles, los pañuelos y los papeles, y que quizá vendrá un día en que, para la desgracia y la enseñanza de los hombres, la peste despertará a sus ratas y las enviará a morir en una ciudad feliz. La Peste, Albert Camus 1947.

Tucídides subraya que la crisis desnudó males que estaban ocultos. La enfermedad persistió durante tres años, en los cuales la vida ateniense se deterioró y la autoridad de ley fue severamente erosionada. Para algunos, la democracia de Atenas nunca se recuperó de la epidemia y está, lentamente, precipitó su colapso.

Katherine Kelaidis señala que la peste del año 430 A.C. fue un desastre de proporciones épicas que alteró no sólo a la propia Guerra del Peloponeso, sino a toda la historia griega y, en consecuencia, a toda la historia mundial. Recuperado de <http://www.fundacionlibertad.com>

Tucídides escribe: “La enfermedad cambió el curso de la guerra y dio forma a la paz que vendría después, plantando las semillas que destruirían la democracia ateniense... no siempre después de la crisis se puede salir

fortalecidos, todo entonces depende de la imaginación, creatividad, la fortaleza, el esfuerzo comunitario y pasión de los líderes para lograr construir una mejor sociedad”.